

Caridad bien ordenada.

("Vida Nueva", Madrid, 28 agosto 1898).

Caridad bien ordenada

RECOGIDO EN "De esto y de aquello" Tomo II

45-3/76

Uníase en D. Eleuterio á una honda filantropía transcendental un clarísimo concepto de la función de la beneficencia en la sociedad; y así, encauzados sus sentimientos altruistas por una severa disciplina racional, ganaban en intensidad lo que en extensión parecieran perder. Cuanto más ahondaba D. Eleuterio, menos veía la diferencia radical entre la caridad y la justicia, como tampoco la veía entre la libertad y el orden. Guiado de estas razones, reputaba pura licencia al dar limosna á ojos ciegos al primer pordiosero con quien se tope, dándosela por mera satisfacción irracional de un sentimiento ciego.

La verdadera limosna, la que Cristo pide, no era la material donación de dinero ó bienes, sino la compasión, la piedad. Y ésta la cumplía pidiendo á Dios por los necesitados todos, y ofreciendo sus obras de piedad en favor de ellos.

Pertenecía D. Eleuterio á diversas sociedades benéficas, y poseía una regular biblioteca de obras acerca del ramo de beneficencia pública y privada, obras atestadas de instructivas tablas estadísticas. Profesaba el principio de que los pobres deben recibir en los hospicios y asilos más que medios de vida, disciplina social, y que tales institutos son un derivativo humanitario á las funestas consecuencias de la ley de Malthus, en que creía á pies juntillas.

Quando le tocaba en las entrañas el espectáculo de alguna repugnante miseria callejera, consolábase imaginando que no era el dolor de que era testigo tan grande como parecía, porque embotado el paciente por su penuria y endurecido merced á los rigores de la suerte, saturaríase pronto de dolor, quedándole pocas más afinidades libres para ésto. Y pensaba además D. Eleuterio que muchas quejas eran cuando no comedia y fingimiento, puros fenómenos reflejos, á los que no acompañaba estado de conciencia adecuado á ellos. Por donde se ve que no carecía D. Eleuterio de alguna cultura y de cierta tinturilla de psicología, que le venía á las mil maravillas.

Paseábase una noche el reflexivo señor, en com-



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

pañía de sus sesudas opiniones, meditando en cierta reforma del hospicio de huérfanos, de cuya junta era presidente, y absortó en tal tarea prolongaba su paseo por las afueras de la ciudad, cuando vino á interrumpir intempestivamente el curso de sus meditaciones una voz que le dijo melosamente:

—Una limosnita por amor de Dios, caballero...

—Perdone, hermano—contestó D. Eleuterio confesando inconscientemente su pecado al pedir perdón de él.

—Señorito, por favor, que no he comido...

—Pero habrás bebido...—replicó amostazado al importuno que le hacía perder el hilo de sus reflexiones.

Acercándosele entonces el pordiosero, vió don Eleuterio que le miraban unos ojos mortecinos, que recorrían éstos luego el contorno, y vió en seguida brillar una hoja de navaja ó algo parecido, á la vez que la voz, haciéndose seca y dura, le decía:

—¡Ea, vengan los cuartos y me los beberé!

Sintió el sociológico filántropo que se le desma-dejaba el cuerpo, le oprimía el corazón, la garganta y se le turbaba la vista; y balbuciendo: «Espere, espere... por Dios, ¡qué barbaridad!», fué sacando cuanto llevaba.

—¡Buenas noches, y que usted descanse!—le dijo el pedigüeño, una vez cobrado el salario de su trabajo, desapareciendo en la obscuridad.

Repuesto D. Eleuterio al poco rato, y olvidado ya de la reforma del Hospicio de huérfanos, de que era presidente, se decía:

—¡Dios mío! de buena me he librado... ¡Cuál no será el miserable estado de estos infelices cuando les pone así á dos pasos del crimen? He evitado un crimen mayor... ¡Cuál no será su necesidad? Es preferible que sean mendigos y vagos á no que den en ladrones, en asesinos tal vez. Hombres hay de éstos, que siendo por naturaleza mendigos y desordenados, moriríanse en el asilo, ó se escaparían ó corromperían á los demás; y si en la calle no los



Caridad bien ordenada.

13

dejamos vivir de su natural, acabarán en cualquier cosa mucho peor... Aman la vagancia; hay que tener caridad con ellos... Y el pobre ¡que cortésmente me ha despedido! Tal vez no tengan que cenar sus hijos, si es que los tiene.

Siguiendo D. Eleuterio en el curso de estas reflexiones, fructificó en él el instinto y casi reflejo «¡perdone hermano!» con que respondiera de primeras al mendigo; maduró su atrición en contrición, y acabó por cambiar sinceramente de sentido. El providencial encuentro de aquella noche le ha abierto nuevos horizontes, proporcionándole convicciones nuevas.

De tal modo ha cambiado de opiniones D. Eleuterio, y tanto se le han arraigado las nuevas, á favor de variadísimas razones que han ido presentándosele enredadas, como las cerezas, las unas en las otras, que cuando ahora encuentra á algún mendigo no deja de darle limosna, sobre todo si es de noche ó en las afueras de la ciudad, circunstancias que al avivar el recuerdo del golpe de gracia que decidió de su conversión racional, le traen algo así como el brillo en el espacio de algo decisivo.

Esto es lo que se llama caridad bien ordenada.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES

A.5.2/76